

Joaquín Nieto, presidente de honor de la Fundación Sustainlabour y observador en la cumbre de Copenhague

CAMBIO CLIMÁTICO: Europa sigue siendo clave

Joaquín Nieto, presidente de honor de la Fundación Sustainlabour y anterior secretario confederal de Salud Laboral y Medio Ambiente de Comisiones Obreras (CC OO), fue uno de los pocos observadores en la cumbre del cambio climático, celebrada en Copenhague, que pudieron hacer uso de su acreditación para acceder al centro de convenciones. Con él mantuvimos una larga entrevista en la que los aspectos decepcionantes de la cumbre se alternaron con la esperanza de la próxima Conferencia de las Partes en México, en diciembre de este año: «No podemos desesperar porque los políticos no hayan estado a la altura en Copenhague. Hay que replantearse las cosas en la nueva oportunidad de México, siendo conscientes de que la recuperación del liderazgo por parte de Europa es clave en el interés de todos».

Usted ha asistido a la práctica totalidad de las cumbres del clima que se han celebrado durante los últimos años. ¿Cómo definiría el ambiente vivido el pasado mes de diciembre en el Bella Center de Copenhague?

—Ha sido una cumbre diferente porque había grandísimas expectativas depositadas en ella, pero los resultados han sido muy pobres. Esas expectativas no eran infundadas, ya que no en todo momento se deciden las políticas a nivel mundial para los próximos veinte o treinta años. Además, existía una hoja de ruta aprobada dos años antes en Bali que establecía las decisiones a tomar en Copenhague. Esta hoja de ruta fijaba el marco de decisión en los cuatro pilares de la agenda climática: mitigación, adaptación, cooperación financiera y transferencia tecnológica. Las grandes decisiones acerca de estos puntos nodales para el devenir del desarrollo económico y humano no se han tomado, y eso ha supuesto una gran decepción.



Joaquín Nieto. Es presidente de honor de Sustainlabour (Fundación Laboral Internacional para el Desarrollo Sostenible); colaborador del Instituto Sindical de Trabajo Ambiente y Salud ISTAS en materia de energía y cambio climático; miembro del *think tank* Innovación sobre Energía del Club Español de la Energía; colabora como experto del grupo II en el Consejo Económico y Social Europeo sobre Comercio Internacional de Emisiones. Columnista de las revistas *Energías Renovables*, *Ciudad Sostenible* y *Escuela*.

Ha sido secretario de medio ambiente de Comisiones Obreras; presidente de ISTAS y vicepresidente de la Comisión Nacional de Salud y Seguridad en el Trabajo; consejero en el Consejo Asesor de Medio Ambiente, el Consejo Nacional de Bosques y el Consejo Nacional del Clima; miembro del Foro Consultivo de Medio Ambiente de la Unión Europea y representante de los trabajadores en el PNUMA, en la Comisión de Desarrollo Sostenible de Naciones Unidas y en las Conferencias de las Partes sobre Cambio Climático. Premio Vía Apia 2003 de la Asociación de Periodistas de Información Ambiental. Autor del libro *Los desafíos del cambio climático*.

¿Cuál ha sido el desarrollo de esa agenda climática a lo largo de los últimos años hasta desembocar en la decepción de Copenhague?

—Hay diferentes momentos. Los primeros años después de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (adoptada en 1992 con ocasión de la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro) se dedicaron a preparar la reunión que daría lugar al Protocolo de Kioto en 1997, que establecía que los países desarrollados tenían que reducir sus emisiones un 5,2% para los años 2008-2012, tomando como referencia los niveles de 1990. Durante muchos años todas las decisiones han girado alrededor de Kioto y a cómo aplicar el Protocolo. Pero desde la cumbre de Montreal en 2005, las discusiones y las conferencias han estado dirigidas a preparar nuevos acuerdos en el seno de la Convención y del Protocolo que debían adoptarse en Copenhague para dar continuidad a la agenda climática tras 2012. Pero, llegado el momento

La decepción de Copenhague

La XV Conferencia sobre el Cambio Climático, celebrada en Copenhague el pasado mes de diciembre, nacía con el objetivo de lograr un acuerdo mundial y jurídicamente vinculante sobre el clima, aplicable a partir de la expiración del Protocolo de Kioto en 2012.

A lo largo de los años precedentes, desde las cumbres de Bali y Poznan, Copenhague se presentaba como la oportunidad con mayúsculas, el espaldarazo definitivo en la lucha contra el cambio climático. Las expectativas eran muy altas, y hacían de éste un encuentro con un significado histórico especial. Cuando apenas restaban unos días para el comienzo de las negociaciones la euforia dejó paso al escepticismo, y éste —al término de la cumbre— a la decepción.

El resultado final fue un rácano acuerdo de mínimos, obtenido a última hora sin el consenso ni el compromiso deseado, poniendo en peligro el carácter multilateral de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático. El improvisado convenio entre Estados Unidos, China —que bloqueó buena parte del proceso—, India, Brasil y Sudáfrica daba como resultado el denominado «Acuerdo de Copenhague», con el beneplácito de la Unión Europea y el rechazo frontal de numerosos Estados como Bolivia o Venezuela. Uno de los objetivos más importantes de la cumbre, el establecimiento de los objetivos de reducción de CO₂, se retrasó hasta febrero de este año. Dicho acuerdo apenas menciona la necesidad de emprender un esfuerzo voluntario y conjunto para frenar el aumento de la temperatura del planeta por encima de los 2°C, y determina una reducción global de las emisiones de los países desarrollados de un 80% en 2050. Con todo esto, la próxima Conferencia de las Partes que se celebrará en México en diciembre de este año obliga a los Gobiernos a formalizar un tratado vinculante y ambicioso, un nuevo Protocolo.

Por otra parte, miles de representantes de organizaciones no gubernamentales, grupos ecologistas y demás observadores acreditados vieron cómo se les dejaba a las puertas del Bella Center, donde se celebraban las reuniones. Por primera vez en una cumbre del clima, se dejaba de lado a una sociedad civil que alzaba su voz con mayor ímpetu que los propios dirigentes políticos.



Rajendra K. Pachauri, presidente del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático, en su intervención en la cumbre de Copenhague.

de la verdad, los responsables políticos no han estado a la altura, ni han cumplido los compromisos adquiridos en las cumbres precedentes. Si esto sigue así, no daremos una respuesta temprana al cambio climático y las consecuencias serán mucho más duras. Por el contrario, si se actuara con rapidez, las transformaciones económicas necesarias para afrontar el cambio climático no sólo se

rían menos traumáticas, sino que pueden resultar muy beneficiosas.

Ante el panorama tan desalentador que arroja la pasada cumbre, ¿existe alguna posibilidad de recuperar la agenda climática?

—Sí, aunque está difícil, sobre todo si analizamos detenidamente lo ocurrido en Copenhague. Por una parte, se han

cambiado los acuerdos legalmente vinculantes por acuerdos voluntarios pactados entre las principales potencias. De este modo, cada país puede anunciar sus intenciones sin que ello suponga un compromiso, rompiéndose así el proceso de las Naciones Unidas mediante el cual se alcanzaban los acuerdos de manera consensuada. Otro de los principios que se ha violado en Copenhague ha sido el de responsabilidades comunes pero diferenciadas, principio por el cual todos los países deben adquirir un nivel de compromiso comparable acorde con sus emisiones actuales e históricas y sus posibilidades. Tras Copenhague las cosas ya no son así, sino que cada país establece sus propias metas libremente. Lo peor es que sin principios compartidos no hay acuerdos operativos posibles, y sin justicia tampoco.

¿Cuál ha de ser el papel de la Unión Europea en un año tan crucial para la lucha contra el cambio climático como es 2010, en el que España asume la presidencia de turno?

—Desde los orígenes de la agenda climática, Europa siempre ha desempeñado un papel muy influyente. De hecho, todo el proceso de acción contra el cambio climático tiene tres agentes principales que lo impulsan: Europa, la comunidad científica y la sociedad civil. Tanto Europa como la sociedad civil han sido puestas en cuestión en la cumbre de Copenhague y pronto veremos cómo ocurrirá lo mismo con la comunidad científica. Europa ha quedado marginada en todos los sentidos, incluso visualmente: tras su reunión con los mandatarios de China, Brasil, India y Sudáfrica, Barack Obama comunicó a los jefes de Estado de la UE el pacto al que llegó, lo presentó públicamente como los acuerdos de la cumbre y abandonó Copenhague. A Europa sólo le dejó decir amén, que es lo que hace.



La mesa presidencial de la XV Conferencia sobre el Cambio Climático, durante una de las sesiones.

La organización Ecologistas en Acción habla de la exclusión social como uno de los aspectos por los que recordaremos esta pasada cumbre. ¿Qué ha ocurrido, en su opinión, con la sociedad civil?

—Que en Copenhague ha sido maltratada como nunca en ninguna otra cumbre. Una cosa es que no puedan entrar en las negociaciones treinta mil delegados de la sociedad civil y otra es que únicamente dejen entrar a doscientos, cuando normalmente han acudido miles y no ha habido problema alguno. La historia de la agenda climática no habría sido posible ni podría comprenderse sin las propuestas ni las protestas de la sociedad civil. Su arrinconamiento supone también un intento de cambiar el proceso. La gota que ha colmado el vaso ha sido el trato desproporcionado que ha dado el Gobierno danés a los representantes de Greenpeace, teniéndoles veintiún días incomunicados

La Unión Europea ha sido uno de los agentes principales en la lucha contra el cambio climático, pero en Copenhague ha quedado totalmente desplazada

y con la amenaza de peticiones de cárcel que pueden sumar hasta siete años. Esto ha ocurrido porque se había creado un clima institucional de arrinconamiento y rechazo de la sociedad civil e incluso leyes de excepción adoptadas contra ella, que la policía danesa—como siempre ocurre— ha utilizado con detenciones masivas y extremismos impropios de una sociedad democrática.

Ha comentado que los principales agentes de la agenda climática eran la Unión Europea, la sociedad civil y la comunidad científica. ¿Qué papel juega esta última?

—Hasta ahora, el conocimiento científico que se encontraba sobre la mesa de las negociaciones marcaba las decisiones políticas, pues exponía los diferentes efectos del cambio climático por temas y áreas para cada escenario de calentamiento, los niveles de concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera que provocarían esos efectos y las reducciones necesarias en cantidad y fechas para evitar un cambio climático catastrófico. Hoy muchos dirigentes políticos preferirían que ese conocimiento no tuviera tanta presencia en la agenda, para poder actuar así con mayor margen a la hora de defender sus intereses, que habitualmente son los de sus *lobbies* económicos y no los

de sus ciudadanos. Esto es algo que pasa tanto en el norte como en el sur.

Sin embargo, el acuerdo sí contempla ayudas económicas para los países más vulnerables.

—La ayuda financiera contemplada, 10.000 millones de dólares anuales ahora y 100.000 para 2020, aunque todavía insuficiente, es considerable, sobre todo si fuera dirigida específicamente a los países menos desarrollados y más vulnerables. Uno de los factores clave para que esos países dieran su acuerdo a los resultados de Copenhague ha sido, efectivamente, la cifra de treinta mil millones de dólares de ayuda financiera inicial para el periodo 2010-2012. Los representantes políticos de esas naciones son habitual-

mente las élites del país, que tienen unos intereses no necesariamente similares a los de la ciudadanía. Para ellos era muy atractivo recibir ese dinero sin tener en cuenta las consecuencias a medio y largo plazo de las «no decisiones» adoptadas en la cumbre. Y eso se notó.

A la vista de los acontecimientos, da la sensación de que el cambio climático ha sido una burbuja mediática que tiende a deshincharse para dejar paso a otros problemas más inmediatos, como la crisis económica.

—Desgraciadamente, el cambio climático es, como dice la comunidad científica, una «realidad inequívoca», algo que está ahí y no se va a marchar; por eso no es una moda, sino una agenda seria que ha ve-

nido para quedarse. Las concentraciones de CO₂ en la atmósfera, el calentamiento global, el deshielo de los casquetes polares, el aumento del nivel del mar, las sequías, las inundaciones, los eventos climáticos extremos y las víctimas siguen aumentando. Consecuentemente, más pronto que tarde, los asuntos que han quedado suspendidos en Copenhague volverán a estar encima de la mesa de negociaciones, tanto dentro como fuera de la agenda climática multilateral.

El próximo mes de diciembre tendrá lugar la XVI Conferencia de las Partes en México. ¿Cómo se afronta esa cumbre tras la experiencia de Dinamarca?

—No podemos desesperar porque los políticos no hayan estado a la altura. Tam-

Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC)

El Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) se creó en 1988 en el seno de la Organización Meteorológica Mundial (OMM) y el Programa Ambiental de las Naciones Unidas (PNUMA). El IPCC, presidido por Rajendra K. Pachauri, es el órgano encargado de analizar y estudiar toda la información técnica, científica y socioeconómica que puede resultar clave para la comprensión de los hechos de origen antropogénico que inciden sobre el cambio climático. Los resultados de sus investigaciones sirven para conformar la base científica de las negociaciones en cumbres como la de Copenhague.

Este órgano internacional se encarga de analizar de forma exhaustiva, objetiva y transparente los datos y parámetros relativos al clima surgidos de la literatura científica y técnica publicada. A la hora de preparar la cumbre de Copenhague de 2009, el IPCC reunió en marzo a los científicos para revisar los últimos datos extraídos de los estudios y preparar la reunión de diciembre.

El IPCC tiene como una de sus principales funciones el publicar informes técnicos de carácter periódico que permitan a los países adoptar medidas sobre cuestiones relevantes en el seno de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (adoptada en Nueva York en 1992).

El Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático consta de los siguientes grupos de trabajo:

1. **Grupo de Trabajo I.** Estudia los aspectos científicos del sistema climático y el cambio climático.
2. **Grupo de Trabajo II.** Analiza la vulnerabilidad de los sistemas socioeconómicos y naturales al cambio climático, las consecuen-

cias negativas y positivas de dicho cambio y las posibilidades de adaptación al mismo.

3. **Grupo de trabajo III.** Evalúa las posibilidades de limitar las emisiones de gases de efecto invernadero y de atenuar los efectos del cambio climático.
4. **Equipo especial sobre los inventarios nacionales de gases de efecto invernadero.** Se encarga del programa del IPCC sobre inventarios nacionales de gases de efecto invernadero.

El primero de los informes de evaluación (FAR) publicado por el IPCC vio la luz en 1990, y ya confirmaba los elementos científicos que suscitan preocupación en la actualidad. A raíz del mismo, entró en vigor la Convención Marco sobre el Cambio Climático. Más recientemente, el cuarto informe de evaluación (AR4) del IPCC señala una tendencia creciente en los eventos extremos observados en los pasados cincuenta años y considera probable que las altas temperaturas, las olas de calor y las fuertes precipitaciones se intensifiquen en el futuro, pudiendo resultar desastroso para la humanidad.



poco lo estuvieron cuando afrontaron la crisis económica que se nos vino encima. Por lo tanto, hay que replantearse las cosas en este nuevo escenario, de geometría variable, en el que las iniciativas propias de cada país adquieren más relevancia. En este contexto, la recuperación del liderazgo por parte de Europa es clave y sería de interés para todos, para el mundo y para Europa. A Europa, cumplir con el Protocolo de Kioto le ha ido bien. Las economías del mañana tendrán que ser economías bajas en carbono, y cuanto antes se transformen mejor ubicadas estarán de cara al futuro. Además, la UE necesita el cambio hacia la eficiencia energética y las energías renovables porque no tiene recursos energéticos propios fuera de las renovables. Incluso el propio Obama ha reconocido que Europa ha jugado con ventaja durante los últimos años gracias a su política tecnológica y energética. Independientemente de lo que hagan los demás, Europa debe seguir teniendo planes ambiciosos para reducir sus emisiones y transformar su economía.

Los asuntos que han quedado pendientes en la cumbre de Copenhague volverán a ocupar el centro de las mesas de negociación, más pronto que tarde

Recientemente usted ha elaborado, junto al ex director de la Agencia Europea de Medio Ambiente, Domingo Jiménez Beltrán, un informe con recomendaciones para la presidencia española de la Unión Europea en materia de energía y cambio climático. ¿Es ése el enfoque que le han dado a dicho informe?

—Efectivamente. Hemos entrado en una dinámica de geometría variable en la que no hay que continuar adelante, no hay que condicionarlo a que se produzcan grandes avances por parte de los demás países. Consideramos que Europa tiene que marcar el nuevo camino, e insistimos fundamentalmente en tres as-

pectos. En primer lugar, pasar del 20-20-20 (reducción en un 20% de las emisiones para 2020, con un 20% de energía procedente de fuentes renovables) al 30-30-30 para 2020. En segundo lugar, obtener los recursos financieros suficientes, para lo que proponemos reformas fiscales como una tasa Tobin para las transacciones financieras internacionales, y una tasa de CO₂ en el ámbito europeo. De este modo podremos financiar la transición justa a una economía baja en carbono y la adaptación y mitigación del cambio climático de los países en desarrollo. Por último, proponemos el establecimiento de programas específicos para cuestiones como la rehabilitación de edificios o el Plan Solar Mediterráneo. Estas políticas y programas generarán millones de nuevos empleos, que falta hace. Si Europa adopta esta dinámica volverá a estar en el centro de la agenda climática, situándose a la cabeza cuando el resto del mundo decida actuar. De igual manera, debería afianzarse e institucionalizarse el peso de la sociedad civil.

A pesar de haber promovido el acuerdo de Copenhague, Estados Unidos sigue estando a la cola de la agenda climática. ¿Hasta cuándo cree usted que habrá que esperar para que adopten una postura realmente ambiciosa y resolutive?

—La disposición actual de Estados Unidos a entrar en la agenda climática y a reducir sus emisiones es totalmente diferente, para mejor, a la de la era Bush. Eso es incuestionable: inicia una senda de reducción que, aunque es claramente insuficiente para detener un cambio climático catastrófico, pues tan sólo pretende reducir sus emisiones un 3,5% en relación a 1990, representa una cantidad significativa en relación a sus emisiones actuales (2005): 17% en los próximos diez años, 30% en los próximos quince, 42% para 2030 y 80% para 2050. También en China y otros países emergentes como Brasil ocurre algo parecido: si quieren aspirar a ser una potencia han de empezar a considerar el cambio a una economía baja en carbono, implicándose en la agenda con compromisos reales y ambiciosos, aunque todavía sean de limitación en el crecimiento de sus emisiones. Es precisamente la irrupción en el proceso de potencias como Estados Unidos, China y Brasil lo que cambia en Copenhague. Estas potencias hasta la fecha se mantenían en un plano menos determinante por no adoptar compromisos de mitigación, lo que en el caso norteamericano era escandaloso, quedando prácticamente al margen de la agenda multilateral por no ratificar el Protocolo de Kioto. Pero eso ha cambiado, ahora todas ellas entran con objetivos que, a pesar de ser claramente insuficientes, consideran que les dan legitimidad para imponer nuevas reglas en un proceso como el de Naciones Unidas en el que por unas u otras razones no están cómodas, pues encuentran demasiados acuerdos legalmente vinculantes, de-



Si se actúa con rapidez, las transformaciones económicas necesarias para afrontar el cambio climático no sólo serán menos traumáticas, sino que pueden resultar muy beneficiosas económicamente

masiados rendimientos de cuentas, demasiada sociedad civil y demasiado peso político de la comunidad científica. Éste es el cambio que hay que comprender, porque después de Copenhague las cosas no volverán a ser como antes.

Por último, los sindicatos vienen proponiendo transición justa y trabajo decente. ¿Qué quieren decir con eso?

—Lo que suceda con las políticas climáticas estará directamente relacionado con el empleo, ya que nos enfrentamos a una transformación de la econo-

mía equivalente o superior a lo que supuso la Revolución Industrial. Esto supondrá el desplazamiento de empleos relacionados con sectores en declive, como los combustibles fósiles, hacia sectores emergentes como el de las energías renovables. También otros sectores tradicionales como la construcción o el transporte se verán afectados, pues tanto la edificación como la movilidad deberán cambiar drásticamente para hacerse sostenibles. Todo ello debe ser gestionado con principios de transición justa, para que ningún trabajador pague las consecuencias del cambio, sino que haya beneficios para todos, porque se creen más empleos que absorban las eventuales pérdidas y porque los empleos sean más cualificados, mejor remunerados y con más derechos. Resolver de una manera positiva y operativa los asuntos de empleo es clave, pues sólo eso hará posible que la sociedad en su conjunto apoye los cambios necesarios para transformar la economía hacia otro modelo más justo y sostenible, que evite un cambio climático catastrófico. ♦